

este motivo circularon rumores de haber muerto envenenado.

Los duques volvieron á París con el rey. Desesperanzados de cambiar su voluntad, pidieron una recompensa por la pena y el dinero que les había costado el gobierno del reino; uno quería la Normandía, otro la Guiena; y exigían también que se conservaran en sus cargos los oficiales que ellos habían nombrado. No habiendo conseguido nada, se retiraron. Hasta 1392, Felipe el Atrevido vivió casi siempre alejado de la corte, donde no pasaba más de tres á cuatro meses por año.

Algunos meses después de la escena de Reims, en 3 de mayo de 1389, el rey de Inglaterra, Ricardo II, que tenía veintidós años, se libraba de la misma manera de sus tíos y de los barones que gobernaban en su nombre, y comenzaba á reinar por sí mismo.

III.—Los Marmousets (1)

Varios antiguos consejeros de Carlos V habían continuado en el consejo después de la muerte del rey, ó bien, después de una corta desaparición, habían vuelto á formar parte del mismo. En todo el tiempo que los príncipes gobernaron, dichos consejeros no habían tenido ningún poder; pero después que Carlos VI hubo dado las gracias á sus tíos, pasaron aquéllos á ocupar el primer término. Como pertenecían, en su mayor parte, á la mediana nobleza ó á la pequeña burguesía, los grandes señores les llamaban *Marmousets* (muñecos ó mamarrachos). Bureau de la Rivière y Juan le Mercier dirigieron los grandes asuntos diplomáticos y financieros. A su alrededor se agruparon los mariscales de Sancerre y de Blainville, Pedro de Chevreuse, los obispos de Bayeux y de Noyón, y algunos recién llegados, como el Bègue (el tartamudo) de Vilaines, Enguerrando de Eudin, el obispo de Auxerre y su sobrino, y el secretario del rey Juan de Montagu, que llegó á ser el auxiliar de Le Mercier para la hacienda. Entre ellos hicieron un pacto curioso: juraron no tener más que una voluntad, no seguir más que una sola y misma política, y ayudarse recíprocamente en toda circunstancia. Fueron sostenidos por el condestable de Clisón, que era mal

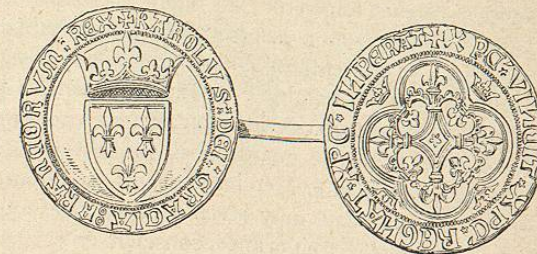
visto por los tíos del rey, y sobre todo por el hermano del rey, quien, en febrero de 1389, figura por primera vez en el consejo, donde su presencia es constante en lo sucesivo.

Luis, hermano de Carlos VI y duque de Turena, tenía entonces diez y siete años. Era un joven muy gracioso, muy bien dotado y propenso al placer. En 8 de abril de 1387 se había celebrado en Pavia, por procuración, su casamiento con Valentina Visconti, que no se consumó hasta dos años más tarde (2). Juan Galeas, señor de Milán, fué quien había propuesto á su hija

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Moranvillé, *Etude sur la vie de Jean le Mercier*, 1886. Jarry, *La vie politique de Louis d'Orléans*, 1889. Battifol, *Jean Jouvenel*, 1890. D. Vaissette, *Histoire générale de Languedoc*, IX, 1885.

(2) Sobre el casamiento de Valentina Visconti, véase Faucón, *Le mariage de Louis d'Orléans et de Valentine Visconti*, «Archives des Missions scientifiques», tercera serie, VIII, 1882, y Jarry, *Actes additionnels au contrat de mariage de Louis d'Orléans et de Valentine Visconti*, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes», LXII, 1901. Este artículo da la bibliografía de los trabajos italianos más importantes sobre esta cuestión.

para el duque de Turena; esperaba, con este casamiento, contrabalancear en la corte de Francia la influencia bávara, que le era enemiga. Quizás el duque de Borgoña aprobó este casamiento con la idea de inclinar hacia Italia la actividad de su sobrino. La dote de Valentina era el condado de Asti, y además 450.000 florines. Se convino también que en el caso de que Juan Galeas falleciese sin legítimo heredero varón, Valentina recibiría toda su herencia. El padre se comprometía á no disponer «en ningún modo contra esta promesa, por testamento, codicilo, acto cualquiera de última voluntad, ó donación entre vivos.» Nadie podía entonces sospechar las consecuencias de este contrato. El nieto del joven príncipe que acaba de casarse con una Visconti será el rey de Francia, Luis XII, y hará valer los derechos



Moneda de oro de Carlos VI

sobre Milán, como Carlos VIII los derechos angevinos sobre Nápoles. Por consiguiente, ha venido á añadirse una cuestión milanesa á la cuestión napolitana. El porvenir de la política francesa se encuentra comprometido, sin sospecharlo nadie, en unas vías que le serán funestas.

El nuevo gobierno, cuyo patrono era el hermano del rey, empezó por desembarazarse de aquellos oficiales reales que eran hechura de los príncipes. El canciller Pedro de Giac, ánima negra del duque de Berri, fué reemplazado por el primer presidente del Parlamento, Arnaldo de Corbie. Se procedió, á principios de 1389, á una especie de depuración del Parlamento y á la renovación simultánea de la cámara de cuentas, de la cámara de los generales consejeros de los subsidios, de la cámara de los generales de las monedas, del cuerpo de las aguas y forestas. Una comisión de cinco reformadores quedó encargada de indagar todos los abusos, «con facultad de suspender á los oficiales reales y designar otras buenas personas á su arbitrio.»

El rey, dice Juvenal des Ursins, «hizo ver y examinar las ordenanzas antiguas que sus predecesores habían hecho, confirmándolas y añadiendo lo que era menester.» Desde primeros de febrero hasta fin de mayo apareció, en efecto, una serie notable de ordenanzas que reorganizaban, según las disposiciones tomadas por Carlos V, la casa real, la cancellería, la justicia ordinaria, los subsidios y la justicia de los subsidios, la administración de los dominios, de las cuentas, de las aguas y de los bosques. En la ordenanza de 5 de febrero de 1389, sobre el Parlamento y la justicia, por medio de artículos simplemente renovados de las ordenanzas anteriores, se establece el principio de la elección para los oficios de justicia. Mucho más claramente que en tiempo de Felipe VI, se estipulaba que el mismo Parlamento examinaría los candidatos á los oficios vacantes en su seno, y designaría á los más capaces; por otra parte,

los bailes, senescales y otros jueces debían en adelante ser elegidos é instituidos por deliberación del gran consejo. Con esto, los consejeros del rey, que habían sucedido á los príncipes en el gobierno del reino, tendían á constituir una especie de jerarquía administrativa, cuyo personal se reclutaría por coaptación: concepción singular que debía durar hasta el fin del antiguo régimen, pero que nunca acabará de realizarse.

El nuevo gobierno quiso también reconstituir, á lo menos parcialmente, el prebostazgo de los mercaderes de París, suprimido desde 1383. La reunión, en manos de un solo oficial, de los dos prebostazgos parisienses no podía durar; el preboste real reconocía que «buena mente los dos juntos no se podían ejercer bien.» El restablecimiento puro y simple del prebostazgo de los mercaderes pareció imposible, por temor á los parisienses y por consideración á los príncipes que lo habían «confiscado.» Se contentaron con decidir que se designara á un prohombre notable é ilustrado que tendría el gobierno del prebostazgo de los mercaderes en nombre del rey «con el título de guardián del prebostazgo de los mercaderes.» Juan le Mercier tenía su candidato, un sobrino por afinidad, muy joven todavía, pues aún no había cumplido los treinta años, consejero en el Châtelet y abogado en el Parlamento, ya muy honrosamente conocido en París por su recto sentido, su gran elocuencia y la dignidad de su vida, Juan Jovenel, de Troyes. En el consejo varios elevados personajes dijeron «plenamente que respondían por él.» Precisamente el preboste real acababa de morir: en 27 de enero de 1389 se nombró á Juan de Folville para el prebostazgo real, y se confió á Jovenel la guardia del prebostazgo de los mercaderes. Jovenel no tuvo concejales, ni oficiales, ni locutorio para los burgueses, ni jurisdicción; solamente debía velar por la conservación de los edificios públicos, de las fortificaciones y de cierto número de calles. Sin embargo, con su habilidad y su paciencia, el simple «guardián» real fué poco á poco adquiriendo la importancia de un preboste de los mercaderes.

El viaje que el rey hizo al Langüedoc en invierno de 1389-1390 debía igualmente contribuir á la reforma del reino. Muchas razones habían determinado esta correría pacífica. El papa Clemente VII había solicitado la visita del rey. En Tolosa, el rey debía encontrarse con Gastón Phœbus, conde de Foix, ya entrado en años y cuya sucesión exigía un arreglo delicado. Pero, sobre todo, era necesario llevar algún alivio á la miseria del Langüedoc, consecuencia, en gran parte, de las exacciones financieras del duque de Berri. Varias veces se había invocado este viaje del rey, de la manera más conmovedora, por gentes de iglesia y hombres del pueblo que habían ido á encontrarle en París. El duque de Berri deseaba acompañarle; pero el rey no le permitió pasar de Aviñón, y le suspendió los poderes.

Carlos VI llevaba en su compañía á su hermano el duque de Turena, á su tío el duque de Borbón, al condestable y al primer presidente del Parlamento. Se detuvo en todas las ciudades, sensible á todos los homenajes, retenido por todas las fiestas. En 21 de octubre, en Lyon, subió «en una gran nave» y bajó por el Ródano á pequeñas jornadas. Tardó nueve días en llegar á Roquemaure, cerca de Aviñón. En el palacio de Doms, Clemente VII le recibió con gran pompa. Durante cinco

días se sucedieron los oficios, las fiestas profanas, las comidas de aparato y también las conferencias cuyo objeto se verá en seguida.

Desde Aviñón, Carlos VI entró en Langüedoc. En Nîmes, en Montpellier, donde estuvo del 15 al 20 de noviembre, en Béziers, en Narbona pudo empezar á juzgar por sí mismo de los sufrimientos cuyo relato le había conmovido. Hizo instruir una información. En 29 de noviembre entró en Tolosa, en medio de una población abigarrada y ruidosa. Hubo allí fiestas y liberaciones que duraron cerca de seis semanas. Pero la reforma de los abusos pareció tan difícil que en vez de ella se buscó una víctima expiatoria. Esta fué Bétizac. Bétizac era del país de Béziers; el duque de Berri le había colocado desde luego al lado del rey como secretario, y después le había enviado al Langüedoc en calidad de comisario. Bétizac parece haber dirigido toda la administración financiera del Langüedoc; había adquirido una enorme fortuna. Sometido á un proceso, reconoció la autenticidad de todos los documentos de contabilidad que le fueron presentados; hasta ayudó á los consejeros del rey en sus pesquisas; todo estaba en regla. En cuanto á su fortuna, decía que era procedente de los donativos regulares que le había hecho su señor. Además, el duque de Berri envió á dos caballeros para abonar en su nombre todo lo que Bétizac había hecho. El rey se vió en un gran apuro; no quería atacar al duque de Berri. Se persuadió pérfidamente á Bétizac que se declarase herético, cosa siempre verosímil en ese país de albigenses; una vez entregado á la Iglesia, se le dijo, el duque de Berri sería bastante poderoso para obtener su perdón del papa. Bétizac, en su consecuencia, blasfemó, profesó las doctrinas más temerarias; fué metido en el calabozo é incomunicado. Delante del oficial repitió tres veces sus blasfemias; entregado al instante al brazo secular, fué quemado en la hoguera, donde le habían atado á un poste con cadenas «á fin de que estuviera más tieso.»

Carlos VI recibió en Tolosa el homenaje de los principales vasallos del Langüedoc. El 5 de enero de 1390 llegó Gastón Phœbus con magnífico aparato. Concertó con el rey un convenio, en virtud del cual el conde prestará su homenaje al rey de Francia y le hará su heredero para el condado de Foix y el vizcondado de Bearne, recibiendo á cambio de estas promesas el condado de Bigorra á título vitalicio. En 7 de enero el rey marchó de Tolosa y fué á Mazères á devolver la visita á Gastón Phœbus y recibir de éste el homenaje convenido. Después abandonó el Langüedoc, regresando por Aviñón y Dijón.

IV.—El duque de Turena y la Italia (1)

Bajo el gobierno precedente, el duque de Borgoña había dirigido la política exterior. Ahora es el duque de Turena quien la dirige. Busca por el lado de Italia el empleo de su joven ambición. Desde su casamiento con Valentina Visconti poseía el condado de Asti, y podía contar para sus empresas con el concurso de su

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Durrieu, *Le Royaume d'Adria, «Revue des Questions historiques,»* XXVIII, 1880, y *Les Gascons en Italie, 1885.* Jarry, *La vie politique de Louis d'Orléans, 1889,* y *La voie de fait et l'alliance franco-milanaise, «Bibliothèque de*

suegro el señor de Milán. No tuvo trabajo en arrastrar al rey: el espíritu ligero y caballeresco de Carlos VI se dejaba tentar por todas las aventuras. Además la lucha contra Inglaterra parecía extinguirse; la tregua convenida en verano de 1388 se renovó otra vez en 18 de junio de 1390 por el término de tres años.

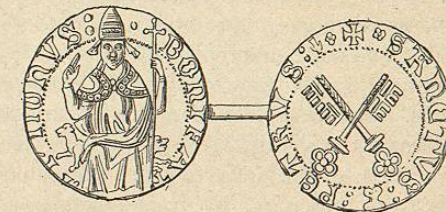
De Italia venían llamamientos á la intervención francesa. Florencia, en 23 de junio de 1389, envió á Carlos VI una embajada para proponerle dividir con él los Estados de Juan Galeas de Milán, ofreciéndole toda la orilla derecha del Po, desde los Alpes hasta Pavía. El papa Clemente VII había propuesto al duque de Turena el proyecto que antes esbozara á Luis de Anjou; se había comprometido á enfeudarle á título perpetuo en los Estados de la Iglesia, Rimini, Pésaro, Fossobrone, Faenza; prometía añadir Imola, Forli y Bertinoro. Al mismo tiempo, al Sur de Italia, Clemente VII sostenía el partido de los angevinos, á los cuales había dado confianza la muerte de Carlos de Durazzo, cuyo hijo Ladislao no tenía más que once años. En 21 de mayo de 1385, Luis II de Anjou había recibido de Clemente VII la investidura del reino. Dos años después, Otón de Brunswick, el último marido de la reina Juana de Sicilia, obrando por cuenta de Luis II, se había presentado delante de Nápoles, había arrojado de dicha ciudad á la viuda de Durazzo y á su hijo, y se había establecido fuertemente en ella en 7 de julio de 1387. Así, el papa francés Clemente VII, persiguiendo el proyecto de expulsar de Roma á su rival, contribuía al establecimiento de un príncipe francés al Norte de la península, y de otro príncipe francés al Mediodía. Hacía de Italia una especie de anexo francés para asegurar el éxito de la «vía de hecho.»

Las intenciones del rey se precisaron á partir de 1389. A principios de mayo había dado fiestas espléndidas en Saint-Denis, para el ingreso de los dos hermanos Luis y Carlos de Anjou en la orden de la caballería. En otoño, durante su estancia en Aviñón, Luis II fué coronado rey de Sicilia. Carlos VI tomó por sí mismo las insignias reales de sobre el altar para darlas á Clemente VII, quien revistió con ellas al joven rey. Algunos días después Carlos VI concedía al rey de Sicilia una fuerte subvención. Después de las ceremonias habían venido las conferencias. En ellas se trazó sin duda, en sus líneas generales, un vasto proyecto: el mismo rey en persona abriría el camino á Clemente VII, á través de Italia, hasta Roma, y aseguraría á la vez el establecimiento de su hermano al Norte y el de Luis de Anjou al Sur de la península. Hacia la época en que Carlos VI marchaba de Aviñón, llegaba la noticia de la muerte de Urbano VI, ocurrida en el Vaticano en 15 de octubre de 1389; pero en 2 de noviembre los cardenales de Roma eligieron otro papa italiano, Bonifacio IX. La situación continuaba, pues, siendo la misma, y por lo tanto el rey persistió en sus anteriores proyectos.

En agosto de 1390 Luis II tomaba la delantera y entraba en Nápoles, en compañía de un legado. Por esta

l'Ecole des Chartes,» LIII, 1892. Moranvillé, *Conférences entre la France et l'Angleterre, 1388-1389, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,»* L, 1889. N. Valois, *La France et le Grand Schisme, 1896.* De Circourt, *Le duc Louis d'Orléans, frère de Charles VI, «Revue des Questions historiques,»* XLI, 1887.

parte todo marchaba á pedir de boca. En un consejo celebrado en diciembre de 1390, se decidió la expedición del rey á Italia para el mes de marzo próximo siguiente; el rey debía llevar consigo á lo menos doce mil lanzas, conducidas, bajo sus órdenes, por su hermano, sus tíos, el condestable y el señor de Couci; Lyon era el sitio fijado para reunirse. Al mismo tiempo el gobierno real renovaba las alianzas con Wenceslao de Bohemia y el rey de Castilla. El rey tenía interés, sobre todo, en procurarse la alianza de Juan Galeas Visconti. Como un gran señor de Francia, Juan de Armañac, se había puesto al servicio de Florencia para combatir á Juan Galeas, el rey hizo que le desertaran los *rou-tiers*. En aquel entonces Clemente VII estaba tan confiado de entrar en Roma, que hacía guarnecer de pie-



Moneda de Bonifacio IX

les sus vestidos, compraba altares portátiles, bastos, sillas, mantas, «todo el material de una gran mudanza de casa (1).»

El duque de Bretaña había anunciado que en el momento fijado el rey encontraría otras dificultades. Bruscamente, en efecto, llegaron á París en febrero de 1391 los embajadores enviados por Ricardo II, al objeto de hacer una paz definitiva y preparar una entrevista de los dos soberanos. Carlos VI no podía, sin correr el peligro de renovar la guerra inglesa, rechazar estas proposiciones. El 24 de febrero se prometió, por acta auténtica, que los dos reyes se encontrarían, hacia fin de junio, entre Boulogne y Calais. No era, por lo tanto, posible marchar á Italia en la primavera. ¿Eran sinceras las proposiciones inglesas? Inglaterra era completamente adicta al papa romano Bonifacio IX, amenazado por el proyecto italiano. Si hubo subterfugio, se consiguió el resultado que se deseaba. Se aplazó la expedición, y no hubo ni tratado ni entrevista entre los reyes de Inglaterra y de Francia.

El año 1391 se pasó, en efecto, en negociaciones inútiles. Una vez aplazado el gran proyecto italiano, el rey de Inglaterra ya no tiene prisa; quiere arreglar todas las dificultades antes de ver á Carlos VI. En marzo de 1392, mientras el rey de Francia se pone en camino para la entrevista, Ricardo, sin molestarse, envía á Amiéns á los duques de Lancáster y de York con la mayor parte de su consejo. Pero las proposiciones inglesas para la paz eran exorbitantes, y los ingleses no hicieron ninguna concesión seria; por hostilidad contra los consejeros del rey, los duques de Borgoña y de Berri, en una entrevista secreta con el duque de Lancáster, le hicieron entender que el rey de Francia podía ir más allá de las condiciones que ofrecía en las negociaciones oficiales. Por fin de cuenta se convino que los ingleses someterían á su rey la nota conteniendo las

(1) N. Valois, *La France et le Grand Schisme, II, pág. 179.*

propiedades de Francia; después se separaron. Y he aquí otro ejemplo de una empresa preparada con gran estrépito y abortada.

V.—*La locura del rey* (1)

Los asuntos serios no bastaban á ocupar la juventud del rey. Desde el comienzo de 1389 había un torbellino de fiestas. En el mes de mayo, con motivo de la entrada de los hermanos Luis y Carlos de Anjou en la orden de la caballería, se pasaron tres días y tres noches en iustas y francachelas en la abadía de Saint-Denis. En el mes de agosto se celebró en Melún el casamiento de Luis de Turena y de Valentina Visconti. Aquel mismo mes el rey quiso que se hiciera la entrada de la reina en París. Isabel, casada desde cinco años atrás, había muchas veces residido en la capital; pero todo servía á Carlos VI y á su corte de pretexto para fiestas.

El domingo, 22 de agosto, se formó el cortejo en Saint-Denis. La reina y las damas iban en literas ricamente adornadas. Valentina, la bella duquesa de Turena, iba montada en un palafrén «para distinguirse de las demás.» Los príncipes y los grandes señores formaban la escolta á caballo. Todos llevaban trajes resplandecientes de oro, de perlas y de pedrerías; sobre los jubones se veían ramos de ojicanto, rebaños de ovejas, soles, cisnes y nubes en bordados de oro y de plata. Todos los burgueses formaban al paso del cortejo; mil doscientos de entre ellos, «adornados con *baudequin* verde y encarnado,» estaban colocados en hilera antes de las murallas. «Había tanta gente y tanta apretura en las calles, que parecía un mundo.» En la puerta de Saint-Denis empezó la serie de los cuadros al vivo que marcaron las etapas hasta Notre-Dame; los había también en la Trinidad, en la segunda puerta de Saint-Denis, en San Jaime, en el Châtelet. Representaban dichos cuadros á Dios Padre, el cielo, á los ángeles, á Notre-Dame con el niño Jesús «que se divertía con un molinillo,» á Saladino, á los sarracenos, etc. Las casas estaban colgadas con tapices y terciopelos; los cortinajes de seda formaban como un gran toldo. En la plaza de Notre-Dame un funámbulo, teniendo un cirio en cada mano, atravesó sobre una cuerda el espacio entre una de las torres de la catedral y las casas más altas del puente Saint-Michel.

El rey, que seguía el cortejo entre la multitud, vestido muy sencillamente para no ser reconocido, recibió los tropazos de los guardianes que hacían estar en fila á los curiosos. El coronamiento se verificó en la iglesia de Notre-Dame, al anochecer. Al día siguiente gran banquete en palacio, al que asistieron más de quinientas damas y señoritas. Un «entremés» maravilloso representaba la defensa de Troya la Grande; pero hubo tanta apretura de gente, que la reina estuvo á punto de encontrarse mal; algunas señoras se desvanecieron, y fué preciso romper una vidriera y quitar las mesas. Por la noche cena y danzas en Saint-Paul; el rey, los señores y las damas «se divertieron toda la noche hasta el amanecer.» El tercer día hubo justas, en las que el rey tomó parte. Todos los caballeros llevaban

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Moranvillé, *Etude sur la vie de Jean le Mercier*, 1886. J. Lefranc, *Olivier de Clisson*, 1898.

adornadas sus tarjas con el «rayo de sol,» que era en aquel entonces la divisa del rey. Por la noche nuevas danzas y fiestas hasta la salida del sol. Otros dos días y dos noches se pasaron en torneos y regocijos.

El viaje al Langüedoc no había sido más que una fiesta larga y aturdidora, en Lyon, en Aviñón, en Montpellier, en Tolosa, en Mazères, en Dijón. En Tolosa, el día que llegó Gastón Phœbus, hubo «gran comida, bien y hermosamente surtida de todas cosas.» Después de la comida «estuvieron el rey y los señores, de pie, en la cámara de respeto, cerca de dos horas, oyendo ministriles.» En Mazères, antes de llegar al castillo del conde de Foix, el rey encontró un rebaño de carneros, cien bueyes gordos, doce corceles con cascabeles de plata, que eran conducidos por aldeanos en traje de boyeros. Era éste un disfraz bajo el que se ocultaban los más nobles caballeros del país. En el festín, los mismos caballeros se presentaron con instrumentos de música y vestidos con mantos adornados con flores de lis. Al día siguiente, Carlos VI ganó el premio en el tiro. A su regreso, desde Bar-sur-Seine hasta París, el rey dió sin parar una corrida desenfrenada en compañía del duque de Turena. En los años siguientes no se oían tampoco más que rumor de justas y ruido de torneos, en los alrededores de Calais, en Epernai, y sobre todo en París. El rey sintió no poder justar en el campo cerrado mantenido por espacio de cerca de un mes por tres caballeros franceses en Saint-Inglebert, entre Boulogne y Calais; sin embargo, se cuenta que había asistido secretamente. Pero, como decía el poeta Deschamps, todos los placeres del mundo y «los hombres bonitos» acababan «en lloros y en gritos.»

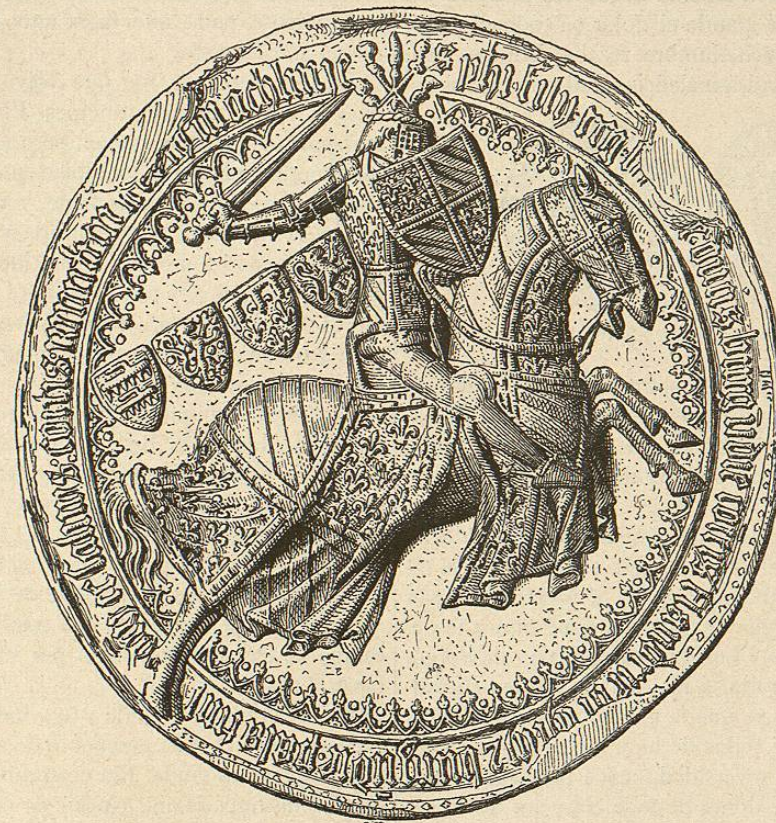
Tal existencia, en efecto, arruinó en algunos años los frágiles nervios de Carlos VI. En la primavera de 1392, en Amiéns, donde recibía á los príncipes ingleses venidos para tratar de la paz, fué atacado «de una fiebre y ardiente enfermedad.» Le llevaron á Beauvais en una litera y permaneció en el palacio episcopal hasta que le creyeron curado. Cuando estuvo «completamente fuerte y en buen punto,» fué hasta Gisors, á un país de hermosos bosques, donde podía olvidar su mal en la diversión de la caza. Era la primera advertencia. La catástrofe estaba próxima.

A pesar de la repetida intervención del rey, el duque de Bretaña y Clisson continuaban siendo enemigos. Además, Juan de Montfort estaba otra vez coqueteando con los ingleses para obtener que le restituyeran el condado de Richemond. Carlos VI le mandó comparecer en diciembre para justificarse y ponerse de acuerdo con Clisson. Montfort estuvo muy poco conciliador; se sentía apoyado por los duques de Berri y de Borgoña contra los consejeros ordinarios del rey; la duquesa de Borgoña era su próxima parienta. El rey, muy amigo de Clisson, hablaba ya de hacer la guerra á Bretaña. La sentencia proferida no sin trabajo entre las dos partes, en 26 de enero de 1392, como resultado de conferencias celebradas en Tours, no fué más que una tregua.

Juan de Montfort encontró el instrumento de su venganza en su primo, Pedro de Craón, quien expulsado sucesivamente, por faltas de delicadeza, de los palacios del rey de Navarra, del rey de Francia y del duque de Turena, se había refugiado cerca de él. Montfort per-

suadió á este gran señor degenerado que era Clisson quien le había «urdido aquella contrariedad.» Como desde 1383 ya no había puertas en París, y la entrada de la ciudad era libre noche y día, Craón pudo conducir á un palacio que poseía en el Marais una tropa de hombres de armas. En la noche del 13 de junio de 1392, Clisson, al salir del palacio de Saint-Paul, donde se había bailado hasta la una, cabalgaba acompañado de algunos servidores, sin más armas que un gran cuchillo que llevaba en el cinturón. Al pasar por una encrucijada, Craón y su banda le acometieron. El condes-

su castillo de Sablé. El señor de la Rivière y Juan le Mercier, á pesar de los esfuerzos del duque de Berri y del duque de Borgoña, hicieron decidir que el duque de Bretaña sería castigado por las armas. Los consejeros del rey querían herir en él á la coalición de los tres duques, que perseguían su ruina. En el momento de marchar, el rey estaba muy sobrecitado. En el Mans, adonde llegó en la segunda mitad de julio, pronunció palabras incoherentes y hacía gestos desordenados. Por fin, en 5 de agosto, el ejército se puso en marcha para Bretaña.



Sello de Felipe el Atrévado, duque de Borgoña

table se defendió lo mejor que pudo. Una casualidad le salvó: un fuerte mandoble que le hirió en la cabeza le hizo caer en la tienda entreabierta de un panadero. La banda escapó. En seguida los servidores de Clisson fueron á anunciar el acontecimiento al palacio Saint-Paul. El rey, rodeado de sus guardias, marchó á pie. Se cercióro de que la herida no tenía gravedad; los médicos prometieron curar al herido en quince días. Pero Carlos VI juró vengar al condestable. Ese atentado, esa expedición nocturna á la luz de las antorchas, la vista, en aquella miserable tienda, de las heridas y de la sangre, produjeron en el ánimo del rey un nuevo sacudimiento.

Al principio no fueron hallados más que algunos comparsas del crimen, que fueron decapitados. Craón había huído en dirección á Chartres, y después se había encerrado en su castillo de Sablé. Le confiscaron los bienes y le arrasaron los palacios que tenía en París y sus alrededores. No encontrándose seguro en Sablé, volvió otra vez á refugiarse al lado del duque de Bretaña, quien juró no entregarlo y le proporcionó los medios de marchar á España; algunos bretones guardaron

En un caluroso día de agosto, el rey se internó en el bosque del Mans. Apenas había entrado en él, cuando un hombre, con la cabeza desnuda, sin zapatos, y vestido con un pobre faldellín blanco, «se lanzó por entre dos árboles audazmente y cogió las riendas del caballo que el rey montaba y lo detuvo muy quieto y le dijo: «Rey, no vayas más adelante, sino vuelve atrás, porque estás traicionado.» Hubo trabajo en hacerle soltar la rienda; siguió algún tiempo á la escolta, y después desapareció. Al salir del bosque había una gran llanura arenosa. «El sol era hermoso y claro y resplandeciente á grandes rayos.» El cortejo se había dispersado para levantar menos polvo. Carlos VI, pesadamente vestido de terciopelo negro, sufría por efecto del calor. Detrás de él cabalgaban dos pajes; el primero llevaba la cabeza cubierta con un capacete de Montaubán, de acero «fino, terso y limpio;» el segundo llevaba una lanza. Este se durmió y dejó caer su lanza sobre el capacete de acero de su camarada. El rey «se estremeció súbitamente.» Creyó ver enemigos que se le echaban encima y se lanzó, espada en mano, contra los fantasmas. Su hermano tuvo que escapar. Muchos pajes fueron derribados,